2F

2

COMISION CLAUDIA TORRE

García Merou, Martín en Recuerdos Literarios. Antología
CEAL; Buenos Aires, 1982

Literatura argentina I

II cuatrimestre

Comisión 5 Prof Claudia Torre

García Merou, Recuerdos Literarios
Ceal, Bs. As, 1982

Eduardo Ladislao Homberg[50], naturalista y literato, dio lectura a un hermoso *Símbolo* que produjo sensación en el auditorio. No me corresponde considerarlo bajo su aspecto científico, por mi notoria incompetencia en la materia. Holmberg pertenecía al grupo de Atanasio Quiroga, miembro también de la *Academia*, químico estimable, con rasgos de alquimista, que en su contacto con las retortas y los alambiques del laboratorio, ha tomado un vago aspecto de Fausto joven y criollo; de Ameghino, cuyos trabajos eruditos y concienzudos han merecido efusivos elogios de profesores eminentes; de Linch Arribálzaga, Francisco P. Moreno, explorador intrépido y coleccionista de nota, y otros que excuso citar.

Holmberg es el producto extraño de un genio exótico en nuestra civilización. Por sus antecedentes hereditarios, la sangre que corre en sus venas es sangre de patriotas y de argentinos, aunque su abuelo, el barón de Holmberg, que tomó una participación directa en las campañas de la independencia, fuera compatriota de Humboldt. En su espíritu se observa esta curiosa dualidad: un alma de poeta, apasionada e imaginativa, y una educación severamente científica, en que predomina el estudio de las ciencias naturales. Es un médico distinguido, un observador sagaz, un discípulo ardoroso de Darwin. Y, sin embargo, escribe con todas las delicadezas y el vivo sabor de un literato de raza, con toda la gracia ligera de un *boulevardier*, en un estilo variado, rico, expresivo, fecundo, lleno de matices tenues y de fineza humorística.

Los sueños engendrados en las brumas germánicas, las visiones de Jean Paul[51], de Ubland[52], y de Hoffmann[53] se alumbran en su cabeza desgreñada de soñador, con un rayo luminoso de sol meridional. Sus creaciones tendrían vago parecido con las de Julio Verne, si no hubiera en él más médula y preocupación artística y tal vez también más conciencia científica. Invade todos los terrenos con éxito igual. No conozco versos suyos, pero me dicen que los hace hermosos e inspirados y que tiene en preparación un vasto poema indígena tan curioso como lleno de interés. En cambio, su prosa es la de un artista, rebosante

de *esprit* y de elegancia nativa. Tiene el don de animar las abstracciones más secas, y de cubrir de flores los temas más áridos. Sus conferencias se escuchan con el mayor placer, y la lectura de su *Símbolo* fue atendida con señales de avidez. No he vuelto a leer desde aquel tiempo esa página curiosa. Pero recuerdo que ella era una especie de sueño budista, cuya forma ligera y expresiva ocultaba un pensamiento profundo.

El el *Album del Hogar* empezó la publicación de una novela titulada *El tipo más original*, cuyo protagonista, el doctor Burbullus, es indudablemente uno de los personajes más extravagantes, más *drolático*, diría españolizando el expresivo término francés, que puede inventar un creador de cuentos fantásticos. La publicación de esa novela quedó interrumpida y, por otra parte, su índole la hacía poco a propósito para salir en pequeños fragmentos en una revista del carácter de aquélla. Su estudio sobre *Carlos Roberto Darwin*, con motivo de la muerte de aquél el 19 de Mayo de 1882, es un precioso discurso y se desborda de la forma concisa en que debía encerrarse forzosamente, por las anotaciones numerosas y detalladas que lo completan. Otra de sus conferencias, dada el 18 de Julio de 1885, en la Sociedad Científica Argentina, versa sobre la *Noche clásica de Walpurgis*, y forma un folleto que se lee con el mayor interés, por sus arranques elocuentes y líricos, mezclados con la severidad del análisis crítico. Es en él donde se encuentra la siguiente invocación a la Noche de Navidad, que basta para caracterizar a un talento:

"¡Noche de Navidad! ¡Noche de San Silvestre! ¡Noche de Walpurgis! He asistido más de una vez a esa fiesta simpática que los alemanes celebran en la noche de la Cristiandad, que cantan los poetas del Norte pulsando las cuerdas de sus mejores liras, y cuyos misterios, celebrados por Dickens, le harían inmortal, aunque pereciera *Pickwick*, el Quijote inglés. Dicen algunos que es un pretexto para regalar juguetes a los niños, y un motivo más o menos plausible, para que los agrandes beban *Liebfrauenmilch*, cierto vino del Rhin, cuyo nombre no puede traducirse con propiedad a ningún idioma. Y cuando observaba las caras gozosas de los alemanes; cuando éste levantaba su copa y brindaba sonriendo por la amistad no desmentida, y aquél llamaba a un angelito rubio para mezclar, con su tierna sangre purísima, la sangre de las viñas de Wodan; cuando en traje de Walkyrie una figurita coronada de rizos dialogaba con su muñeca ofreciéndole no sé qué paraísos, y humedeciéndole con vino los labios de porcelana; y cuando el viejo amigo, trémulo ya por los años, se sentía renacer a la vida en presencia del cuadro de la familia, parecíame que la metempsicosis no era un sueño. Y al volver a mi casa, convertido en un optimista casi tan perfecto como Pangloss, pensando en existencias anteriores, cavilando con antepasados rubios de ojos azules que cortaban los cedros de sus montañas para regalar a sus niños los tesoros pupéicos de Nüremberg; cuando desfilaban, evocados por la fantasía, Freya y Thor, Cristo y las agujas del templo medioeval, y solicitaba del sueño un bálsamo a las emociones despertadas por el panorama, sentía golpes estrepitosos y repetidos en la puerta de calle, determinados por buenos cuerpos de buenas almas que pasaban deseándome buenas noches, y me dormía diciendo: "Se acabó La Noche de Navidad. . . empieza La Noche Buena!".

En 1875, Eduardo L. Holmberg publicó una fantasía científica titulada *Dos partidos en lucha*, en la cual presenta un tipo de sabio, Gifritz, que es un acérrimo *darwinista*. Como en todas las producciones del mismo autor, campean en ésta las escenas hermosas y espirituales. Debe deplorarse, una vez más, que la falta de atmósfera propicia para la creación y desenvolvimiento de obras de este género, haya impedido a Holmberg continuar en la senda que empezó a recorrer con paso tan firme. Miguel Cané consagró a su estimable tentativa un bonito artículo que se encuentra en sus *Ensayos*, en el que hace el siguiente juicio de uno de los pasajes, más originales y poéticos de la obra: "Generalmente ignorantes en ciencias naturales, —dice—, hemos sentido un movimiento de orgullo al ver que un joven como nosotros se agita en el campo de la ciencia, fácil y libremente, hasta el punto de basar en axiomas científicos las fantasías de su espíritu. Con un estilo suelto, muchas veces elegante, con los atractivos naturales al carácter humorístico de la narración, el libro del señor Holmberg presenta algunas páginas que cautivan. Nada más poético y nada más curioso también como el fenómeno natural, si el hecho fuese posible, de la resurrección de una sensitiva que, después de treinta años de cortada de su tallo, sale de su letargo sombrío para reposarse en el sueño de la vida. Estas evoluciones admirables de la naturaleza, que conservan el germen misterioso de la existencia en el tallo árido y seco de una flor, debían tener la paternidad real de la verdad en vez de nacer en el espíritu encantado de un panteísta. La planta vive y siente; sensaciones inapreciables para nosotros la agitan indudablemente y la observación tenaz lo ha demostrado. ¿No es bellísimo, pues, ese nuevo Lázaro del reino vegetal, como dice Holmberg, levantándose a la evocación mágica de un naturalista?"